

HECTOR PEREZ MARTINEZ

Nació en Campeche, el 21 de marzo de 1906. Murió en Mocambo, Ver., siendo Secretario de Gobernación, el 12 de febrero de 1948.

Periodista e historiador de amplia visión y limpia pluma.

Autor de varias obras, entre ellas *Juárez el Impasible* (1934); *Piraterías en Campeche* (1937); *Catálogo de Documentos para la Historia de Yucatán y Campeche* (1943); *Cuauhtémoc*; *Bibliografía del Estado de Campeche* (en colaboración) (1943); *Trayectoria del Corrido* (1935); *Una polémica entre frailes y encomenderos* (en colaboración) (1938), y otras muchas obras. Prologó y anotó varias obras, como por ejemplo: la *Relación de las Cosas de Yucatán*, de Fr. Diego de Landa; el *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos*, de Justo Sierra O'Reilly; *Chac Chulub Chen. Crónica de Ah Nakuk Pech*. Con su inteligencia y preparación superó viejas y defectuosas posiciones históricas.

Fuente: Héctor Pérez Martínez. *Cuauhtémoc. Vida y muerte de una cultura*. México, Espasa Calpe Mexicana, S. A., 1948. 223 p. (Colección Austral 807), p. 209-221.

EL SACRIFICIO DE CUAUHTEMOC

Cuando los primeros emisarios de Pax Bolón dejaron a Cortés en Teutiarcas y volvieron a Acalán, iban con ellos los caudillos enviados por Cuauhtémoc. Llevaban la dolorida palabra del señor. Dijeron, pues, a los nobles de Acalán:

—Es así que ya nos vamos a Castilla. Que se compadezcan de nosotros, porque nosotros debemos prestar homenaje al gran señor que es el soberano de Castilla.

Y después de haber escuchado las palabras de tlacatecuhtli, las gentes de Acalán, respondieron unánimemente:

—Que venga el señor nuestro, amo y soberano, que nos haremos dignos de esta merced. Que nos traten sin clemencia sus súbditos. Porque si él nos impone algo, ya se encontrará dónde lo tomará.

Volvieron los caudillos ante Cuauhtémoc. Era la madrugada cuando se postraron ante el dueño de la casa de los escudos y los dardos.

—Señor —dijeron—. La palabra de la gente de Acalán es

que venga nuestro soberano. Que visite a sus súbditos. Que nos haremos dignos de esa merced.

Y él habló:

—¡Oh, que así sea! Partamos en buena hora.

Cuando comenzó el día y Malinche dio la orden de salir para Tuxakhá, Cuauhtemotzin llamó a sus caudillos.

—Vámonos —exclamó— a visitar a los nobles de Acalán.

Detrás de la columna partieron los tres soberanos, Cuauhtemotzin, Coanacoch, señor de Texcoco, y Tetelepanquetzin, señor de Tlacopan. Iban también los caudillos.

El caserío de Tuxakhá cobra de improviso inusitada animación. Sus gentes se adornan y van al encuentro de Malinche y Cuauhtemotzin con sus abanicos de plumas de quetzal, decorados con oro. Formaron un dosel con plumas y mantas azules. Traen sandalias reales y joyas, y chalchihuites. Brillan las plumas, relucen las joyas. Y al entrar el cortejo las gentes de Acalán gritan llenas de júbilo. Bajo el dosel se sientan el capitán Malinche y sus teules, Cuauhtémoc y sus caudillos. Pax Bolón con sus guerreros mactunes. En frescas jícaras les trajeron atole. Doncellas y nobles sirven el banquete, y mientras comen, unos a otros se hacen regalos.

Don Hernando dice a Pax Bolón:

—Rey Pax Bolón: aquí he venido a tus tierras, que soy enviado por el señor del mundo, el emperador que está en su trono en Castilla, que me envía a ver la tierra y de qué gente está poblada, que no vengo a guerras. Sólo te pido que me despaches a Hibueras, la tierra do se coge la plata y la plumería y el cacao, que eso quiero ir a ver.

Pax Bolón respondió somero:

—Enhorabuena, te daré el paso.

Los pechos de Malinche y el señor de Acalán se unieron amistosamente. El jefe de los hombres, los ojos entrecerrados, presenciaria la escena. Las sombreadas ceibas de la plaza dan una sensación de intimidad grata y solemne.

Mientras Cortés y sus capitanes hablan con Pax Bolón, los señores aztecas, apartados, burlan solazándose en la conversación. Ponen en la sentencia los acentos de la ironía o el pesar melancólico. Así Coanacoch, el chichimeca, dice al jefe de los hombres:

—Señores, la provincia que vamos a conquistar será para mí, pues como sabes, la ciudad de Texcoco y mis reinos son siempre los preferidos en todo según las leyes concertadas

entre mi abuelo Netzahualcóyotl y el tlacatecuhtli Izcóatl, tu antepasado.

Respondió con risa el jefe de los guerreros:

—En aquellos tiempos, señor, nuestros ejércitos iban solos, y si bien era que fuesen primero para ti, pues la ciudad de Texcoco es nuestra antigua patria y de ella procede nuestra estirpe y linaje. Mas ahora que nos ayudan los hijos de Tona-tiuh, por lo mucho que a mí me quieren, esa provincia será para mí.

Tettlepanquetzin despegó sus finos labios:

—No, señor —dijo—. Ya que todo va al revés, sea para mí la tierra que se conquiste, pues Tlacopan y el reino de los tecpanecas, que era el último en las reparticiones, será ahora el primero.

Habló a su turno Temilotzin, el tlacatecatl de sangre te-nochca.

—¡Ah, señores! ¡Cómo os burláis sobre la gallina que lleva el codicioso lobo y que no hay cazador que se la quite, o como el pequeño pollo que se lo arrebató el engañoso halcón cuando no está allí su pastor por más que lo defiende la madre, como lo ha hecho mi señor Cuauhtémoc, que como buen padre defendió a su patria! Pero el imperio chichimeca careció de la paz y concordia, que es buen pastor de los reinos, y nuestra soberbia y discordia nos entregaron en manos de estos extranjeros para padecer por largos y ásperos caminos las hambres y los fríos y otras mil calamidades que padecemos, desposeídos de nuestros reinos y señoríos y olvidados de nuestra regalada patria, como si fuera nuestra enemiga. ¡Oh, sapientísimos señores Netzahualcóyotl y Netzahualpilli! ¡Cómo fuera para vosotros este tiempo dichoso tan alabado y ensalzado, pues tanto lo deseasteis ver y contradijisteis nuestros errores! ¡Consolaos, señores!

Otros caudillos que escucharon las pláticas rieron y holgaron también cantando viejos romances de la raza, especialmente aquellos que se referían a las cosas que veían y padecían, compuestos por pasados poetas. Uno de ellos diría así:

Soy cual ebrio, lloro, sufro,
si sé, digo y tengo presente:

¡Ojalá nunca muera, ojalá nunca perezca yo!

Allá donde no hay muerte, allá donde se triunfa, allá voy yo:

¡Ojalá nunca muera, ojalá nunca perezca yo!

Otro, reflejando en los versos su propia angustia, recordaría este cantar:

En vano nací, en vano vine a brotar en la tierra:
soy un desdichado, aunque nací y broté en la tierra,
digo: ¿Qué harán los hijos que han de sobrevivir?

Entonces vinieron los señores de Acalán. Se acercaron a Cuauhtémoc humildes, a escuchar su palabra:

—Esforzaos lo más que podáis —dijo—. Estad contentos. No vayáis a lugares extraños. Sed felices aquí, para que no ocasionéis dolor a la gente del pueblo, a los viejos, a los ancianos, a los niños que todavía están en sus cunas y a aquellos que empiezan apenas a andar, a aquellos que están jugando. Tened cuidado con ellos y compadeceos de ellos. Que no se vayan a un lugar extraño. Amadlos. No los abandonéis. Yo os lo recomiendo, porque nosotros seremos enviados a Castilla. ¡Qué sé yo si volveré algún día, o si pereceré allá! ¡Quizá no vuelva a veros! Haced todo lo que podáis con vuestros esfuerzos. Amad a vuestros hijos tranquilamente y en paz. No les inflijáis ningún disgusto. Y sólo digo esto: ¡Ayudadme en alguna forma para que yo pueda dar la bienvenida al gran señor, que es el soberano de Castilla!

Los señores de Acalán, acaso Pax Bolón entre ellos, respondieron al discurso de Cuauhtémoc:

—¡Oh, señor y amo! ¿Acaso eres tú nuestro súbdito humillándote? No te intranquilices, porque he aquí tu dominio. He aquí tu tributo. Que salgan ocho canastas de caña con oro amarillo, con joyas provistas de colgantes y esmeraldas y collares de turquesas. ¡Que salgan porque es tu propiedad, tu tributo!

—Me habéis hecho bien con lo que vuestro corazón me cede —dijo Cuauhtémoc.

Y entonces los de Acalán colocaron sus teponaxtles, sacaron sus pelotas de plumas de quetzal, extendieron las manos y bailaron. Bailaban cantando. A ellos se unieron los caudillos, los guerreros, que también tocaban sus tambores y sus flautas. Las plumas recuperaron su jocundia, y los tres mil indios sentían renacer en su sangre los perdidos vigos; brotaba otra vez la tradición y el orgullo de la tribu.

La bulla de la fiesta llegó hasta Malinche. El recordó Tenochtitlan: los azarosos minutos de la noche tenebrosa, las agonías del sitio en que al par que la muerte recorrían el aire

esos mismos alaridos del mitote. Entonces imaginó mal y como dice el proverbio, "piensa el ladrón que todos son de su condición". Mandó llamar a los señores y por boca de intérpretes les dijo que le parecía mal que entre nobles y príncipes burlaran unos con los otros. Malinche les pedía que no lo hiciesen más. La respuesta vino digna y sutil: no hacían las bromas, ni recitaban versos, entonaban cantares o bailaban no por dar pesadumbre a don Hernando, sino por holgarse y olvidar los sufrimientos. Los señores, en ocasiones como la que vivían, debían mostrarse contentos para que sus vasallos recuperaran el ánimo y pudieran resistir mejor los duros trabajos, mirando a sus caudillos como si estuvieran en sus cortes y palacios. Pero si Malinche no gustaba de tales fiestas, no burlarían más.

Para entonces Cuauhtémoc sufriría la más grande de todas sus torturas. A través de la marcha una idea encendió la frente de todos los señores y caudillos dándoles fuerzas para resistir allí donde los otros caían de hambre y cansancio. Tras la burla y reclamar para sí la provincia que los españoles iban a conquistar con la ayuda de sus guerreros, se expresaba el pensamiento siempre alerta de la tribu. Esa sumisión habría de terminar. Serían, a la postre, más fuertes los dioses de piedra y la tribu ardorosa que los teules desfallecientes. Allí también, en la selva, podría levantarse el polvo de la pelea, repetir el combate contra los teules y regresar vencedores a Tenochtitlan a extinguir el dominio de Malinche. Reuniendo las piedras desgajadas se alzarían de nueva cuenta las pirámides gloriosas; volvería a enrojecer el ara de Huitzilopochtli, Tlatelolco, la cuna del tlacatecuhtli, habría de resucitar entre sus ruinas; erguirían sus frentes los guerreros esclavizados y marcados con el fierro de los teules, y los caudillos irían a recomenzar la divina tarea de la guerra para alimentar y vigorizar a los dioses tutelares.

Ya habían hablado de ello en el camino como de una posibilidad; como la manera de infundir nueva esperanza al pueblo. En Tuxakhi, puede ser, en medio de la fiesta con los señores de Acalán, recordarían aquellas pláticas. Y Pax Bolón quedó sobrecogido. El cacique de la provincia también había pensado, primitivamente, dar muerte a Malinche cuando los teules venían por el seno de los bosques hasta sus dominios, y los mactunes temblaron de miedo. Pero él fue pequeño para tan alto designio, y entonces urdió el desvío de los españoles

fuera de sus tierras. Pax Bolón habría dado vueltas al proyecto en su mente calculadora de mercader; pesaría los bienes de una empresa arriesgada y los males de un fracaso, Malinche traía un misterioso objeto, la aguja de marear, que le sacó indemne de los peligros y adivinaba el asiento de las poblaciones. Ese amuleto podría desnudar a Pax Bolón. Malinche, además, tiraba al suelo los ídolos y el mundo seguía su vida imperturbable. Malinche miraba a los ojos, fijamente, metiéndose en el alma de los indios; era severo y piadoso. ¿Qué podía hacer él, pobre señor de gentes dispersas, si el propio Cuauhtémoc, la gran nación azteca, los de Texcoco y Tlaxcala cayeron a los pies de Malinche? Ellos, los teules, mandarían. Sólo tocaba a Pax Bolón someterse, congraciarse y sacar provecho de ese sometimiento.

Además, Pax Bolón recordaba sus contactos con los aztecas de Xicalango. Ellos se metían, invencibles, en terrenos de Acalán. A veces exigían tributos. Eran, en cierto modo, enemigos. Las naciones indígenas, disgregadas, conservaban un espíritu de independencia unas de las otras, tradicional y orgulloso. A veces reconocían troncos comunes, que invocaban en cantares y rememoraciones; pero también en versos y crónicas estimulaban celosamente su soberanía sobre el territorio y el derecho a entregarse a su propio destino.

Enterado quizá del malestar de don Hernando por la fiesta en que sus nobles participaron, Pax Bolón corrió a Malinche. Contó que Cuauhtémoc le había dicho:

—Señor, estos españoles vendrá tiempo que nos den mucho trabajo y nos hagan mucho mal y que matarán nuestros pueblos. Yo soy de parecer que los matemos, que yo traigo mucha gente y vosotros sois muchos.

A lo que él había respondido:

—Veréme en ello. Dejarlo agora que luego hablaremos.

Lo que Pax Bolón no dijo a Cortés fue que se había dispuesto a observar más de cerca a los españoles y a medir las posibilidades de buen éxito en un ataque por sorpresa. Si las palabras de Cuauhtémoc, según el testimonio de que se han desprendido, fueron ciertas, Pax Bolón no debió ser ajeno al deseo de consumarlas. Pero cada día era mayor su impotencia. Detrás de las galanas maneras de Cortés no se recataba el tono autoritario, y él, Pax Bolón, obedecía ciegamente. Al imperio de Malinche respondía la sumisión del cacique. La delación, en cierto modo, fue para exonerarse de una culpa

compartida idealmente. Y para hacerla más odiosa, la acompañó con el halago. ¡Cómo mentía Cuauhtémoc acusando de malas acciones a los teules! Pax Bolón siempre miró que los españoles no daban malos tratamientos a sus indios, ni les habían soltado los perros, ni les exigían la entrega de tesoros. Pedían, sí, gallinas, maíz y frutas, que los mactunes entregaban cada día llenos de contento. Por ello, y considerando que “pues no le hacían mal no podía tener dos rostros con ellos, ni enseñarles dos corazones, y como Cuauhtémoc le estaba siempre importunando en ello, porque quisiera matar a todos los españoles”, ponía sobre alerta a Malinche. Pax Bolón terminó:

—Señor capitán, este principal y señor de los mexicanos que traes, anda con cuidado con él, no te haga alguna traición. porque tres o cuatro veces me ha tratado que os matemos.

Con el jefe de los hombres venía también desde Tenochtitlan, Mexicatl, “un enanito únicamente, cuyas pantorrillas eran en forma de bolas”. El miró y oyó claramente el llanto de los teponaxtles la noche de la fiesta; escuchó el canto, advirtió las pelotas de plumas de quetzal volar por el aire. Estaba solitario en su cabaña porque nadie le invitó a la fiesta. Solo en su choza, echaba lamentos al aire. Y cuando la fiesta creció y los señores bailaron, y salieron a la danza Tettlepanquetzin y Coanacoch, Mexicatl fue y dijo a doña Marina:

—¡Ay!

—¿Qué tienes, mi tío Mexicatl?

—¡Ay! ¡Vente, hija mía!, porque veo que Cuauhtémoc aparece completamente encantado con la revista de tropas. ¡Míralo! Así pereceremos aquí, y él, el capitán, y tú, mi hija Malintzin.

—¿Es realmente verdad lo que tú dices? Quizás no sea del todo verdad lo que tú afirmas, o sea que Cuauhtemotzin encabece una conspiración:

Mexicatl contestó:

—Es absolutamente verdad lo que digo, porque los he escuchado consultarse en la noche. Dijeron que iban a quitarnos los extranjeros, los otomíes. “¿Cuánto tiempo se necesitaría hasta que los aniquilemos? —dijeron—. ¡Que se les asalte!” De este modo los he escuchado consultarse en la noche. Yo sólo me lamento porque el capitán y tú pereceréis aquí.

—Está bien, Mexicatl, lo que manifestaste.

Y doña Marina informó al capitán tal como lo oyó decir a Mexicatl.

Entonces los soldados españoles se clavaron sobre los señores así como los perros en el cuello de sus víctimas.

Malinche hizo comparecer a los príncipes, interrogándolos por lengua de doña Marina. Otra vez esta mujer tuvo en sus manos el destino de su raza, y fue implacable. Ella decía las preguntas de Malinche; se insinuaba sagaz llevando la plática hacia motivos ajenos, para caer de improviso en la interrogación de la conjura.

Los señores desmentían.

Temilotzin, el tlacatecatl, dijo que había hablado muchas veces lamentándose del despojo de sus tierras y vasallos, y de que los españoles les mandasen. Decían, además, que era bueno buscar un remedio para volver a señorear y restaurar de este modo cada linaje en su silla de mando. Uno sería matar a Malinche y a los que con él iban, y luego, levantando a la gente, seguir hasta Hibueras, terminar con Cristóbal de Olid y sus españoles y enviar mensajeros a Tenochtitlan para que matasen a los que en la sagrada ciudad habían quedado.

Cuauhtémoc, con aquella su palabra concisa dijo a Malinche que "como miraban ir a los españoles descuidados por los caminos, y descontentos, y que muchos soldados padecían, y faltaba la comida, y habían muerto de hambre los músicos, el volteador y varios soldados, y otros querían más morir que ir adelante, que sería bien que cuando pasasen algún río o ciénega se diese sobre ellos porque eran los aztecas sobre tres mil y traían armas y lanzas."

Empero el jefe de los hombres agregó que "no salió de él aquel concierto, y que no sabe si todos fueron en ello, o se efectuara, y que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hubo".

Tetlepanquetzin aceptó que entre él y Cuauhtémoc habían "dicho que más valía morir de una vez que morir cada día en el camino, viendo la gran hambre que pasaban esclavos y familiares".

Y sin más probanzas, don Hernando condenó a muerte a Cuauhtémoc y al señor de Tlacopan. Muy por dentro de sí Cortés se lanzó a esta decisión por miedo. Temía que las palabras rodasen hasta el oído de los guerreros, pudiesen alentar a cualquier señor de los que por delante habría de encontrar en su camino. Y él no podía resistir un combate en plena selva, en un medio hostil y desconocido, donde sus personales prestigios venían a menos a cada paso que daba sobre la ruta

de Hibueras. No era ya el Quetzalcóatl inmortal, y estaba rodeado de asechanzas y misterios.

En la plaza de Tuxakha, frente al templo de las idolatrías y el demonio —levísima pirámide coronada por una estancia de piedra, negra de la sangre humana derramada— florece la ceiba, el árbol totémico de los mayas. Extiende sobre la oscura tierra del pueblo sus recias ramas, de las que se desprenden al viento mañanero, copos de una seda impalpable. Por la tarde, a la hora en que la luz se torna espesa, de esas mismas ramas salen, en velos torpes, los murciélagos. En torno de su añoso tronco venerable la comunidad hace sus consejos, se deciden los castigos y los negocios, reúnese el tributo y se traban las danzas que preceden al sacrificio de las doncellas en honor de las deidades del clan.

Aquella mañana, cuando todavía las hojas de la ceiba goteaban la húmeda presencia de la madrugada, los soldados españoles formaron bajo su ancha copa. Del campamento cercano trajeron a los indios. Cortés presidía, allá cerca, un grupo de sombras. Pax Bolón vino también con sus guerreros mactunes. Un balletero desenrolló las cuerdas y otro llevó hasta la guardia una orden de Malinche.

El ruido de las cadenas atadas a los pies de los príncipes delató sus pasos antes de que las figuras morenas se abrieran campo en la neblina. Junto a Cuauhtémoc y Tettleplanquetzin venía Fray Juan Varillas y doña Marina. El religioso decía la terrible oración de la hora de la muerte, y luego las palabras caían en el idioma indígena, armoniosas y graves, sobre los oídos de los señores. El grupo, escoltado por inútiles picas y fusiles, venía lentamente.

Ni Cuauhtémoc ni Tettleplanquetzin flaquearon al descubrir, pendientes de las ramas de las ceibas, las cuerdas abiertas por el nudo infamante. Llegándose a Cortés el hijo de Ahuizotl, el Aguila que Desciende, sin ademanes, los ojos melancólicos, clara y calma la voz, dijo este apóstrofe:

—¡Oh, Malinche! Días había que yo tenía entendido que esta muerte me habías de dar, y había conocido tus falsas palabras, porque me matas sin justicia. Dios te lo demande, pues yo no me la di cuando me entregaba en Tenochtitlan.

El señor de Tlacopan, viejo compañero de infortunios y sacrificios, insistió en su destino feliz:

—Muero contento porque muero con mi señor.

Y sus ojos miraban a Cuauhtémoc.

Los nudos fueron cerrados sobre los cuellos. A una señal imperceptible varios soldados tomaron el cabo de las cuerdas y dieron un tirón vigoroso. El ruido de las cadenas en los pies de los príncipes se hizo sonoro. Los cuerpos se agitaron brevemente.

Lloraban los indios al romper sus trompetas y sus lanzas. Lloraban las mujeres, Bernal Díaz del Castillo cerró los ojos inconformes. Los frailes decían impenetrables oraciones.

Cortés dio la orden de partir, y todos, pesarosos, detrás de Pax Bolón, cacique de Acalán-Tixchel, que mostraba el camino, salieron para Itzamkanac.

Ha terminado la pelea sobre la tierra; pero el conflicto entre Cuauhtémoc y Hernán Cortés vive en nuestra sangre sin que alguno de los dos haya podido vencer. De repente el grito de nuestras raíces indígenas se levanta con su misma misteriosa fuerza de hace cinco siglos, y resuena profundo y no extraño, despertando ecos adormecidos en nuestro espíritu. Por nuestra sangre aborígen y española —¡cuantas similitudes entre ellas!— miramos nuestro devenir, con una actitud religiosa en que se reproducen las angustias de Séneca o de Teresa de Jesús y la dramática entrega a la divinidad de un sacerdote azteca. Ello no impide que sepamos descubrir también el perfil macizo de las cosas. Y esta doble capacidad para desentrañar la vida nos hace paradójicos, es decir, nos lega un destino conturbado y patético.

Es así como se recrea en nosotros, en nuestra actualidad, la vieja pugna entre lo que cabe en nuestras manos y el ensueño, que caracterizó a lo indígena y a lo español, dando más ricos e imprevistos contenidos a nuestras concepciones y a nuestros actos.

En la supervivencia de Cuauhtémoc y Cortés descansa al mismo tiempo que nuestra capacidad de abstracción y nuestro estoicismo, nuestra disidencia frente a todo lo establecido; las alegrías exageradas y las hoscas y negras soledades a que de pronto nos damos. Frente a un templo católico bailan todavía nuestros indios sus danzas paganas. Si los mexicanos somos discretos y sobrios, tenemos también una irresistible debilidad por lo grandioso y lo suntuario. Hemos hecho de nuestra vida una devoción por lo barroco —en la forma y en la idea—. Una inteligencia y un extraordinario poder de creación, plástico y regido por el color, coexiste en nosotros con una conducta señera que, a veces, es irreconciliable con los maravi-

llosos impulsos que nos mueven. Nuestro desprecio por la vida es la forma en que mejor se expresa nuestro amor por ella. El culto que rendimos a nuestros muertos no tiene un sentido cristiano: ellos viven aún, están presentes, se mezclan y alienan con nosotros como alentaron y vivieron antaño nutriendo la conmovida aventura de los dioses de piedra.

Hasta en nuestras negaciones afirmamos el valor de las fuerzas que presiden el mestizaje mexicano. Escuchad a uno de los nuestros negando a los indios. Esa negación es propiamente el grito confirmatorio de lo ancestral. Así se pretende reprimir y censurar la eternidad de lo indígena. Y cuando más lo negamos, cuando más se dice que México no puede esperar nuevos signos del indio, es porque lo indio nos late con fuerza mayor en la carne y el espíritu.

Tal contradicción no debe tomarse por sus aspectos de impotencia. Valga por lo que de afirmaciones generosas contiene. La norma espectral del indígena modela también al conquistador. Si éste subyuga el cuerpo de los hombres de la tribu, sucumbe en cambio a su espíritu. Cuando en nosotros las ideas entran en conflicto es porque más se afirma la claridad de ese destino, es porque Cortés y Cuauhtémoc se animan y reanudan su batalla secular.

El cuerpo de Cortés, caído en sedas y desgracias; Cuauhtémoc, vuelto cenizas en la selva, forman nuestra epopeya. Ambos fueron hombres de dos mundos que en nosotros se concilian y luchan. Tal es nuestra estirpe. Y a tal linaje, tal escudo.